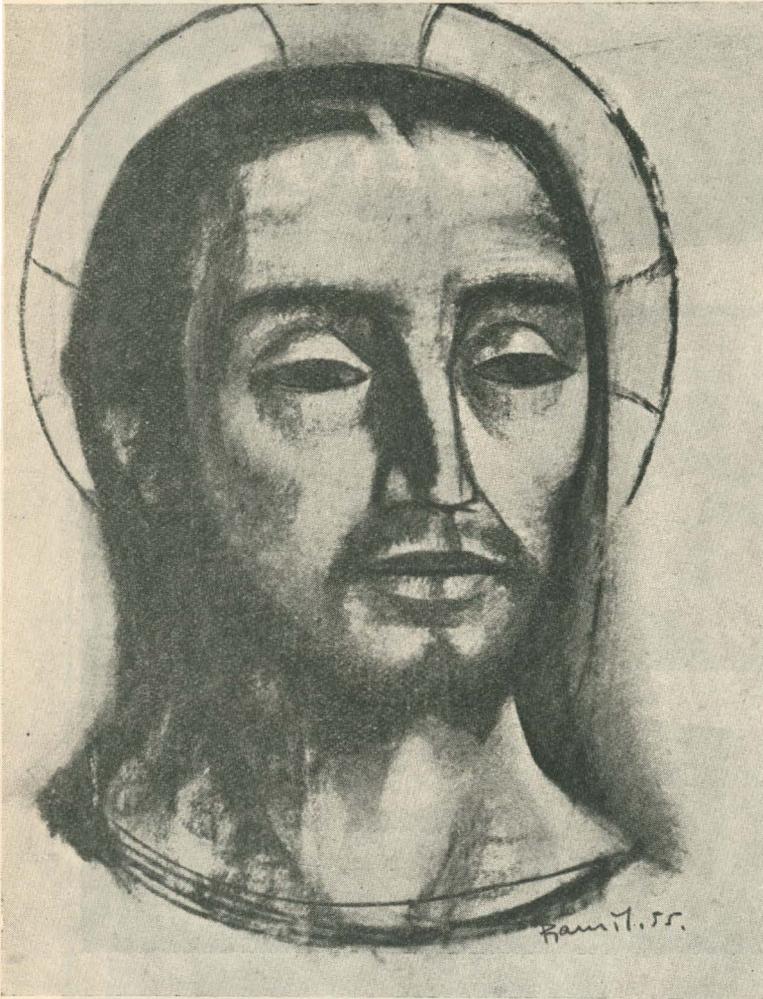


ALFONSO RAMIL, PINTOR MURALISTA



valoración entre la pintura contemporánea, pues sería quehacer demasiado extenso, si bien gustoso. En otro lugar informativo lo hemos hecho reiteradamente, y a él nos remitimos.

Ahora nos referimos simplemente a recordar su triunfo en el concurso abierto para decorar el ábside de la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, de la parroquia de Las Arenas. Una obra de 300 metros cuadrados y 20 de altura. Con 130 figuras de dos metros y medio cada una. Uno de esos empeños que ya estaban siendo olvidados, pero que tienen parte fundamental en la severidad litúrgica de nuestras iglesias. No necesitamos mencionar nombres ilustres que disputaron a Ramil el premio. Nuestro refrancero, sabio y prudente, lo dice: "Tanto el vencedor es más honrado, cuanto más el vencido es reputado." Ramil llegó a la cima, no solamente por acuerdo de una Junta de Fábrica bien asesorada y bien capacitada, sino, lo que es extraordinariamente raro, con el beneplácito de sus mismos rivales, cosa que dice mucho en favor de éstos y en favor del victorioso.

Ramil ha llegado al presente sin abandonar la tradición. Muralista integral, sabe que en cada una de las incontables figuras que componen su gran retablo habrá de poner trabajo de miniaturista; que cada una de sus amplias pinceladas, aparentemente sueltas, audaces, responde al mandato de lo sistematizado, metódico. No como ocurre tantísimas veces, ir a la pared por ampliación desorbitada a escala, de "sacador de puntos" artesano, de hombre que se limita a multiplicar por mucho lo que bosquejó en lo mínimo; sino obedeciendo a un impulso directamente mural, con todo lo que ello entraña de problemas visuales, cromáticos, efectistas. Porque conocemos el boceto en su conjunto y varias de las figuras en detalle, podemos decir en qué grado recuerdan gloriosos antecedentes magistrales que parten de una centuria atrás y se pierden en las salas de la pintura románica catalana. Ahí reside el secreto del triunfo de Ramil. En que ha pintado con pincel de creyente—como aquellas vírgenes de Fra Angélico, imaginadas en términos de piedad—sin olvidar el mandato de la hora actual, incluso de técnicas que alarman a los que añoran excesivamente los viejos caminos. Y porque ha pintado respetando los cánones universalmente reconocidos de la pintura española. Pero, sobre todo, como suele decir el propio Ramil, por la gala suprema de la simplicidad. Color simple, mirada simple. Simplicísima intención.

F. GARCÍA EZPELETA

Bilbao, agosto 1955.

A la pregunta de "¿Cómo pintaría Velázquez en 1955?", se puede oponer otra igualmente maquiavélica: "¿Cómo habría pintado el famoso contemporáneo X, de haber vivido en el siglo XVII?" Se entiende que con su actual alma en su actual almarío. Con su desarrollo cerebral, impulso de afección, finura estética, candor poético y lenguaje personal. Por lo menos, anhelo de poseer un lenguaje propio. Y echaríamos de ver—si el absurdo fuera posible—que más de cuatro afamados serían menestrales en un taller florentino.

Y si, efectivamente, se puede afirmar que un Velázquez, un Rembrandt, un Ticiano redivivos no pintarían actualmente como pintaron antaño, no nos parece aventurado opinar que tampoco figurarían en el grupo numerosísimo de balbuceantes que fingen audacia, por incapacidad de lograr lo que un ilustre escritor español llamaba "la obra bien hecha". Jamás han existido tantos aspirantes a la inmortalidad pictórica como en este momento. La modesta artesanía de antaño, que firmaba tímidamente cuadros supervivientes, aquellos hombres que apenas se atrevían a escribir, ruborosos, un "Fulano de Tal, pintó", han dejado paso a infinitos pintores, generalmente jóvenes, que se creen la clave del templo de Apeles.

Ramil pertenece al grupo de los que satisfacen la concepción pictórica del cronista. Ya se entiende que no monopolizamos criterios, ni arremetemos contra los librepensadores de la crítica, tan poco dispuestos a permitir la expresión del pensamiento ajeno.

Lo que pretendemos decir es que existe una pintura moderna, sin ser demencial; españolísima, sin ser académica; actual, sin abominar del pasado, y que en esa línea se encuentra Alfonso Ramil, de quien se nos permitirá un personal recuerdo. Baladí, intrascendente; pero expresivo. Porque sucedió que en nuestro deambular en busca de telas, en compañía de tan buen catador como Zuazagoitia—a quien llamó *Life* un día "Presidente de los alcaldes españoles", impulsado por la calidad intelectual sobresaliente del de Bilbao—, tropezamos, así, literalmente, tropezamos, porque no teníamos noticia de su existencia, con aquel adolescente Alfonso Ramil, que nos brindó una rara oportunidad de deleite. No de otro modo encuentra el botánico una flor extraña entre la barahunda habitual y gregaria. Hay en la pintura de Ramil una concepción finísima del color, un trabajado gusto para la composición y un oficio incomprensible a tan corta edad. Desde entonces ha pintado mucho Ramil para las mejores miradas bilbaínas. Y ha madurado con total lozanía para la pintura mural, logrando un triunfo que motiva estas líneas, no pensadas en guisa de análisis, de juicio, mucho menos de

